

LEONOR. Sí que es raro lo que á una le pasa. Mírame chiflada por ese gitano y sin maldita confianza en él. No le fiaría valor de una peseta, ni nada tocante á las cosas de formalidad. (Desenvolviendo el lío de las alhajas.) Niño, que es tarde. (Examinando algunas joyas.) ¡Mira qué collar! Me lo dió Pepito Trastamara.

FEDERIC. (Abriendo un estuche.) ¡Ah! los tornillos que yo te dí.

LEONOR. Sí, hace cuatro años. Eso es lo que más falta me hace á mí, tornillos... ¿Y este aderezo? Me lo dió Aguado cuando volvió de la Habana... En fin, (escogiendo varios estuches) me parece que habrá bastante con esto. El solitario, el aderezo, los tornillos, la mariposa de brillantes que fué de la marquesa de Tellería... Con esto...

FEDERIC. ¿Crees que basta? No sabes la cantidad.

LEONOR. Sí que la sé, tontín. Por una casualidad tuve noticias de este apurillo tuyo. Fuí á ver á Torquemada para pagarle mil reales que le debía mi *Ojirris*, y me dijo aquel esperpento que ya no te da más prórogas, y que si no recoges hoy el pagaré de trece mil pesetas, te echa al juez... Ahora á la calle, Leonor. (Dirigese á la puerta de la derecha y llama en voz baja.) Lina, tráeme el mantón, un pañuelo, zapatos. (Volviendo junto á Federico.) Díme: si yo no te hubiera llamado hoy, ¿habrías venido tú á contarme tu compromiso, y á pedirme que echara el resto por sacarte?

FEDERIC. (Después de vacilar.) Creo que sí.

LEONOR. ¡Viva la confianza! (Entra Lina con la ropa.) ¿Qué dice ese cataplasma?

LINA. Está muy ocupado.

LEONOR. ¿Qué hace?

LINA. Morderse las uñas.

LEONOR. ¿Le dijiste que mi tía Encarnación está enferma?

LINA. Que se ha muerto.

LEONOR. Mejor.

LINA. Y que estás allá, El muy escamón dijo: «Pues oigo voces en el gabinete,» le contesté que están aquí la Antonia y Malibrán. Como no puede ver á Malibrán, no se le ocurrirá meterse aquí.

LEONOR. Muy bien. ¡Pero qué talento tiene esta chieca, y qué diplomática es! Bueno. Me vestiré en la sala. (Vanse por la izquierda.)

FEDERIC. ¡Qué criatura, qué arranques! Lo mismo absorbe una fortuna, que la regalaría si la tuviera. Ha arruinado á siete, que yo sepa, y á mí me comió lo que heredé de mi madre... ¡Pero qué gracioso desorden!

LEONOR. Ya estoy. (Coge las alhajas que antes apartó.) Al instante vuelvo: no te muevas de aquí. Voy á casa de Valentín, el portal de enfrente: me dará en seguida la cantidad redonda, porque es hombre muy cristiano, muy fino y me considera. (A Lina.) Tú vuelve allá, y entreténle con las bolas que se te ocurran. Después vuelves aquí, y recoges esto. (Las alhajas sobrantes.) ¡Aire! (Sale rápidamente por el fondo. Lina por la derecha.)

ESCENA VI

FEDERICO; LINA

FEDERIC. (Paseándose por la escena.) Quiera Dios que salgamos bien. Esa Leonor... ¡pobrecilla! Sí, malo es esto, muy malo, pero no había otra solución. Y á todas estas busco y revuelvo en mí, y mi orgullo no pa-

rece. ¿En dónde se ha metido ese loco? Andará huído por los rincones y escondrijos del alma. Veo en mí dos hombres: el Federico Viera, que todo el mundo conoce, y este otro; éste. (Señalándose.) ¿Cuál es el verdadero? (Parándose ante un espejo.) ¿El que veo, ó el que no veo? Me trastorna esta duda. (Tratando de ordenar sus ideas.) ¿En qué consiste que, cuando me agobia un pesar, lo primero que se me ocurre es venir á contárselo á... ésta? ¿Acaso le tengo amor? No, porque sus amantes no me infunden celos. Amistad, sí; pero ¿qué amistad es esta? ¿Por qué me inspira esta mujer una confianza que no siento por ninguna otra? (Herido por un recuerdo.) ¡Ah! ya no me acordaba. A las cuatro, entrevista con Augusta. ¿Por qué, al recordarlo, brota en mi alma una chispa... ¿de qué diré? de disgusto, de pena...? No puedo dudar que me interesa; y no obstante, algo daría yo porque se cansase de mí, y me propusiese el rompimiento. La amé y la seduje obedeciendo á estímulos oscuros de la imaginación y de los sentidos, y por ella ultrajé á ese hombre incomparable, á quien debo amistad, cariño, atenciones mil... ¿No es esto más villano que recibir auxilios de *la Peri*? Y sin embargo, el mundo no lo ve así. Por lo que aquí ha pasado hoy, algunos quizás dejarían de saludarme; por lo otro, me envidiarían. (Agitadísimo.) Lo indudable es que con unas y otras cosas, con el oprobio de mi hermana, con esta nueva aparición de mi padre, la vida se me está haciendo insoportable, pesadísima, (se sienta fatigado) y no puedo, no puedo ya cargar con ella. (Entra Lina, que viene á recoger las alhajas.) ¡Ah! se me ocurre una idea. Oye, Lina, me vas á decir

una cosa... pero sin engañarme... La verdad pura.

LINA. ¿A ver? No le diré mentira, ni verdad que no deba decirse.

FEDERIC. Está bien. Malibrán suele venir aquí algunas noches...

LINA. Y algunas tardes.

FEDERIC. ¿Le has oído hablar de mí, recientemente, ó de algo que conmigo se relacione?

LINA. (Recordando.) Sí.

FEDERIC. ¿Anoche quizás?

LINA. Sí... pero no sé si debo...

FEDERIC. Cuéntamelo; lo que tú no me digas, me lo dirá Leonor.

LINA. Pues dijo que es usted un perdido.

FEDERIC. ¿Y nada más?

LINA. Y jugador.

FEDERIC. *Pecata minuta*... A ver, haz memoria. Al hablar de mí, ¿nombró á alguna otra persona?

LINA. Don Federico, déjese de preguntas; yo no sé... Si se fueran á contar las cosas que aquí se oyen... (Suena la campanilla.) Es Leonor. (Sale.)

ESCENA VII

FEDERICO; LEONOR

FEDERIC. No me queda duda. Ya principia el rumor insidioso, traicionero, precursor de la difamación y del escándalo...

LEONOR. (Entrando presurosa.) Hecho todo. Venga un abrazo... en premio de mi... Iba á decir virtud... Pero no... son ¡cosas!

FEDERIC. (Abrazándola.) Eso es... cosas.

LEONOR. Aquí tienes... (Dándole billetes de Banco envueltos en

el pañuelo de las alhajas.) Vete corriendo á casa de Torquemada y refrégale los cuartos en la geta, para que vea ese puerco que aquí hay honor, limpieza de sangre, circunstancias y hombría de bien.

FEDERIC. (Sin decidirse á tomar el dinero.) Parece mentira que...

LEONOR. ¿Remilgos ahora, mico?

FEDERIC. No... (Con efusión.) Eres... no sé. (Leonor le introduce los billetes en el bolsillo.)

LEONOR. Vete... ya vas espirando.

FEDERIC. Dos palabras. Tengo que preguntarte... Malibrán...

LEONOR. Ah! sí... yo también quería decirte...

FEDERIC. Sé por Lina que anoche habló de mí. Quizás se permitió calumniar á alguna persona. ¿Recuerdas tú lo que dijo?

LEONOR. Nada, pamplinas...

FEDERIC. Cuéntamelas.

LEONOR. Eso es... entretente aquí, y olvídate de lo principal.

FEDERIC. (Confuso.) De qué?

LEONOR. Del judío ese, que á estas horas estará pensando que no le pagas, y...

FEDERIC. Ah! no sé cómo tengo la cabeza... Es tarde.

LEONOR. Y si te descuidas...

FEDERIC. Adiós, adiós. (Sale presuroso.)

LEONOR. ¡Pobre mico! Es el perdis más caballero que hay bajo el sol.

ESCENA VIII

MUTACION

Gabinete amueblado con dudosa elegancia. Ventanas al fondo y á la izquierda. Puerta á la derecha, por la cual se verifican todas las entradas y salidas. Chimenea, entredós, pupitre. Un sofá y butacas. Es de día.

AUGUST. Yo creí encontrarle aquí (Mirando su reloj.) Las cuatro y veinticinco. ¡Qué calor! (Se quita el abrigo y sombrero.) Hoy estaba más obligado que nunca á la puntualidad... ¡Por qué tardará tanto este hombre, el primer desocupado de Madrid!... Pobrecillo! sabe Dios qué líos, qué trapisondas!... De fijo que los amores de su hermana le llevan al disparadero. ¡Qué carácter! (Vuelve á mirar el reloj.) Cinco minutos más... (Con febril impaciencia.) No sirvo, no sirvo para esperar... Si habrá llegado su padre, *el cometa!*... No, no; decía la carta que del 26 al 28... ¿Qué día es hoy? (Meditando.) Si no puedo pensar nada. (Levántase.) ¡Ah!... un coche. (Se acerca al balcón.) No, no es; pasa... ¡Qué silencio ahora!... Otro coche... Como no sea éste, me entrará la desesperación... Sí, sí es... se acerca. ¡Ay! no sé qué tiene el coche en que viene él, que hace más ruido que los demás... Gracias á Dios, ya estoy contenta... Ya sube... Esa Felipa, cómo tarda en abrir!

ESCENA IX

AUGUSTA; FEDERICO

FEDERIC. Perdóname, vida mía, si he tardado un poco.

AUGUST. ¿Qué te pasa; qué ocupaciones...? ¿Ha llegado tu papá?

FEDERIC. No, mañana.

AUGUST. Ya sé lo de Clotildita. Me lo ha contado Manolo.

FEDERIC. (Con disgusto.) No hablemos de eso.

AUGUST. ¡Qué susto he pasado! Creí que no venías.

FEDERIC. Por Dios. (Cariñoso.) ¿Cómo podías suponer...?

AUGUST. Quitá allá, embustero, farsante. A fe que estoy contenta de tí.

FEDERIC. Esta mañana, cuando recibí tu carta, dije: «Paces tenemos.»

AUGUST. Perdón habrá, si sales bien del juicio oral á que voy á someterte. Vamos á ver, procesado, conteste usted. ¿En dónde ha estado usted hoy?

FEDERIC. (Aparte, con recelo.) Si le habrá dicho Manolo...

AUGUST. ¿Qué asunto, qué negocio le trae á usted estos días tan sobresaltado?

FEDERIC. (Aparte.) No, Manolo es discreto. (Alto.) Pues nada, hija; asuntos, cosas más que no pueden interesarte.

AUGUST. ¡Que no me interesan! Vaya unas herejías que echas por esa boca! Si el amor tuviera su Inquisición, serías tú condenado á la hoguera por las atrocidades que dices contra el dogma. No, no debí escribirte hoy: ha sido una debilidad... Anoche no dormí pensando en tus traiciones.

FEDERIC. Pero sepamos qué traiciones son esas... No las conozco.

AUGUST. Hazte el tontito. Esa mujer indigna... ¿Qué se te ha perdido á tí en su casa?

FEDERIC. Vamos á ver... ¿quién te ha dicho...? Acaso Manolo...?

AUGUST. Manolo, por ser ministerial de todo, lo es hasta de tí, y siempre que te nombra te pone en las nubes.

FEDERIC. Entonces, Malibrán, que ahora se dedica á desacreditarme.

AUGUST. Quien me lo dijo añadió que ese trasto tiene gran influencia sobre tí.

FEDERIC. ¡Qué disparate!

AUGUST. Nada es disparate. El disparate no existe. Los hechos podrán ser ó no ser; pero no es la mejor manera de negarlos el decir que son absurdos. Convénceme, pues, de otra manera.

FEDERIC. Cómo?

AUGUST. Queriéndome mucho, como yo me merezco, y probándomelo. Si me quieres á mí, no podrás querer á otra.

FEDERIC. Pues eso, vida mía, más demostrado está que la redondez de la tierra, más que la atracción de los cuerpos, más que...

AUGUST. (Riendo.) Basta... de matemáticas. Y ahora continúa el interrogatorio del procesado.

FEDERIC. Basta de curia, digo yo: la detesto. No te atormentes, querida mía! Si yo te quiero á tí sola, á tí; si por más que rebusque tu suspicacia, no verás en parte alguna... nada que pueda...

AUGUST. Sigue... ¿Por qué se te traba la lengua? Porque sólo la verdad la pone expedita y corriente; y tú me engañas...

FEDERIC. No por Dios. Podré tener... Yo te juro que no sé lo que es amor fuera de aquí. Lo demás, ¿qué te importa?

AUGUST. ¿Pues no ha de importarme? El amor, si es de ley, ha de completarse con la compañía y el apoyo recíproco, con la confianza absoluta, sin ningún secreto que la limite, y con la comunidad de penas y goces... Una queja tengo de tí, y es que nunca has querido confiarme secretos penosos que te amargan la vida. ¿Dices que me quieres? Pruébamelo. ¿Có-

mo? Clavando en mi corazón parte de las espinas que desgarran el tuyo. ¡Ay! algunas de esas espinas... verás qué pronto me las sacudo yo.

FEDERIC. (Aparte.) Corazón inmenso, no merezco poseerte.

AUGUST. Si me quieres de verdad, confíate á mí. Temes parecer indelicado, innoble. ¡Qué tontería! (Con veleidada graciosa.) Oye lo que se me ocurre. Gasta con todos ese orgullo, y suprimelo para mí. Tu delicadeza es mi enemiga, mi rival, y tango celos de ella. Le clavaría las uñas... Para que lo sepas todo: tu vida angustiosa, tu pobreza, sí, empleemos la palabra terrible, han sido un incentivo más del amor que te tengo. (Sonriendo.) Si fueras capitalista, yo no te habría querido. Si fueras un hombre metódico, que llevara sus cuentas por partida doble, créelo, me serías antipático.

FEDERIC. (Estrachándole las manos.) ¡Monísima! Tienes toda la gracia de Dios.

AUGUST. Yo soy así. Estoy cansada de la regularidad. Me ilusiona el desorden.

FEDERIC. Ah! ya te cogí; contradicción; si eres como dices, ¿á qué ese empeño de poner orden en mí?

AUGUST. Pues si hay contradicción, mejor. No retiro nada de lo dicho. Dame tu confianza. Destruye esta muralla que hay entre nosotros.

FEDERIC. ¿Y si yo te dijera que derribando esta muralla perdería tu estimación?... Yo no merezco el interés que te tomas por mí. Lo que de mí ignoras te seduce porque es misterio, porque es drama ó novela para tí...

AUGUST. (Con arranque.) ¡Pues fuera misterio... fuera lo novelesco y dramático! ¡Abajo el disparate que tanto me gusta! ¡Abajo el desequilibrio! ¿Que me con-

tradigo? Bueno. ¿Que desmiento mi carácter? Mejor. ¿Que destruyo ese encanto, esa poesía, llamémosla así, de tu pobreza disimulada? Mejor. Este amor mío primero y último hace una revolución en mi naturaleza. ¿Qué significa esto? Es el paso del período soñador al período práctico, del noviazgo al matrimonio; la gran crisis de amor; el tránsito de la época legendaria á la época clásica. ¿Qué tal?

FEDERIC. (Admirado.) Divino.

AUGUST. Esto se llama erudición. Tontín, ¿no me comprendes?

FEDERIC. Sí, sí.

AUGUST. ¿Lo quieres más claro? Es preciso que nos volvamos muy prosáicos, muy caseros.

FEDERIC. Te desvanece tu propia bondad. ¿Cómo puede ser eso de volvernos tú y yo muy caseros?

AUGUST. Pues siendo.

FEDERIC. Con bienes comunes?...

AUGUST. Sí, sí.

FEDERIC. ¿Necesitaré traerte á la realidad? Olvidas...

AUGUST. Ah! ya... tienes razón. (Con desaliento.) Para lo que te proponía, necesito libertad, y no la tengo. Iba yo por los espacios imaginarios, como las brujas que cabalgan en una escoba.

FEDERIC. Vuelve á la realidad.

AUGUST. Vuelvo... y en ella te digo que... con arte todo es posible. Oyeme: te contaré una cosa interesante. Esta mañana me dijo Tomás: «Tengo un proyectillo para modificar la vida de ese pobre Federico, y librarle de la plaga de sus acreedores.»

FEDERIC. (Agitado.) No me hables de eso. ¡No sabes el daño que me causas!...

AUGUST. Considera que no es él quien te favorece, sino yo.

FEDERIC. No puedo considerar tal cosa: Querida mía, si me amas, impide los favores de ese hombre á quien yo debería reverenciar, de un hombre cuya noble confianza pago con el mayor, con el más villano de los ultrajes.

AUGUST. (Con gravedad, después de una pausa.) Habíamos convenido en no hablar de eso... Quien le ultraja... no eres tú. Al acusarte, parece que me acusas á mí.

FEDERIC. Yo... á tít jamás! Pero desde el momento en que me hablas de generosidades tuyas ó de tu marido, la cuestión moral se me impone, y veo planteado un dilema terrible.

AUGUST. ¿Es eso verdadera virtud ó simplemente falta de valor? Bueno: déjame á mí el pecado entero, y coge para tí todos los escrúpulos. (Se levanta airada.)

FEDERIC. Sosiégate... espera...

AUGUST. Lo diré todo de una vez. Reconozco, como nadie, el mérito de mi marido. Sólo yo, que vivo á su lado, sé bien toda la extensión de su bondad. Me inspira un cariño acendrado y puro, admiración, veneración, no sé qué... Yo reverencio á Tomás... le rezaría... pero te amo á tí.

FEDERIC. (Aparte.) Su valor es tan grande como su pasión. ¡Qué mujer!

AUGUST. (Impaciente por no recibir respuesta.) Será preciso que te lo repita? Él es un santo, y yo te quiero á tí. Aquí tienes las dos verdades capitales. ¿Crees que trato de buscar entre ellas una componenda hipócrita? No. Dejo los hechos como están. Tú eres cobarde y huyes. Yo soy valiente, y me paso la vida delante de estas dos verdades, mirándolas cara á cara.

FEDERIC. Tu tesón me abrumba.

AUGUST. (Despechada.) Pero qué, ¿no tienes nada que contestarme?

FEDERIC. Ten calma... escúchame. Si he nombrado á tu marido, tú tienes la culpa. Ni de él ni de tí admito favores de cierta clase; y si insistes en ello...

AUGUST. Qué? Dílo.

FEDERIC. Lo comprendes sin que yo lo diga.

AUGUST. Sí lo comprendo (con aflicción) tú no me quieres, no me has querido nunca.

FEDERIC. Por Dios, vida mía... ven acá. (Tratando de abrazarla.) Ten juicio... considera...

AUGUST. Me pertenezco, y quiero que participes de los bienes materiales que yo poseo. ¿Cómo he de soportar que vivas sujeto á mil humillaciones? No, no. Te someterás. Yo lo quiero, yo... lo haré.

FEDERIC. (Exaltándose.) Pues si persistes en tu loca idea, he de hablarte con claridad, como no lo he hecho nunca. Tiempo ha que me siento minado por una pena sorda y punzante... Cree que cuando entro en tu casa, y estrecho la mano de aquel hombre tan superior á mí, de tan elevado espíritu, de corazón tan grande y puro... no sé... no sé... Me creo el más abyecto de los hombres, y para adormecer mi conciencia, para acallarla por instantes tan sólo, necesito embriagarme, necesito un anestésico, vicios degradantes y oscuros, de esos en que la ansiedad ahoga el pensamiento y acaba por matarlo... No puedo, no puedo más. Eres muy bella, discreta, graciosa, por mil razones interesante, y digna de ser amada... Pero ¿por qué no eres mujer de otro hombre...? Perdóname si te ofendí. No es mi ánimo ofenderte. Deseo tu felicidad. Pero quiero convencerte de que yo no puedo dártela... Augusta: tú no

me conoces. Soy un perdido, un miserable. Huye, apártate de mí, si no quieres que te lleve á la perdición, al escándalo vergonzoso, peor que la muerte.

AUGUST. ¡Huir de tí! (Llorando.) No puedo.

FEDERIC. Me revelo á tí con absoluta ingenuidad. Soy ya bastante indigno, y no quiero serlo más.

AUGUST. ¡Farsa, comedia! Te rebajas, te humillas para conseguir de mí la separación que deseas.

FEDERIC. ¡Ay, no me conoces! ¡Qué sabes tú! Por algo te oculto las miserias de mi vida. Si conocieras ciertos oprobios que hay en mí, quizás no tendría yo que hacerte ningún argumento para que me dejaras.

AUGUST. ¡Dejartel Nunca. (Con brío.) Porque si fueras un presidiario te querría lo mismo.

FEDERIC. ¡Corazón monstruoso, nada puedo contra tí! ¡Dispuesto estoy á seguirte, á dejarme arrastrar de tu locura, hasta donde quieras, hasta la condenación eterna... pero no me des nada... no quiero nada.

AUGUST. ¡Hipocresía!... Si lo has de tomar al fin, ¿á qué tanto...?

FEDERIC. ¡Que lo he de tomar!

AUGUST. (Con terquedad.) Sí.

FEDERIC. (Dominando un movimiento de ira.) Veo que los dos estamos dañados profundamente. Yo no puedo salvarme ya; tú sí. Estás á tiempo. Vuelve... allá, vuelve, y olvídamme.

AUGUST. (Altanera.) Basta. Esto no puede ser. Tu moral de última hora es ridícula, poco delicada, inconveniente. Tienes razón... (Con ira.) Eres un... No debo decirlo... Tú sentirás la injuria, y me agradecerás que la calle.

FEDERIC. Sin oírta, sé que la merezco.

AUGUST. Y como no está bien que yo trate con hombres in-

dignos... me marchó... sí... (Nerviosa y trémula, se pone el abrigo.) No aguanto más... Esto se acabó...

FEDERIC. (Aparte.) Se acaba... Mejor.

AUGUST. (Aparte.) ¿Pero será capaz de dejarme marchar?

FEDERIC. (Aparte, sentado y calmoso.) No se irá, no.

AUGUST. (Furiosa, queriendo aparentar desdén.) Bien, bien... pero no me marcharé sin decirte que te desprecio, que nunca te he querido... que...

FEDERIC. Y yo te digo que te querré siempre (con frialdad afectuosa), que serás para mí la mujer más digna de respeto...

AUGUST. (Aparte.) ¡De respeto! Si me abofeteara, si me escupiera, no me ofendería como ahora me ofende.

FEDERIC. Adiós.

AUGUST. (Va hacia la puerta, y echando de menos su manguito, vuelve á cogerlo.—Aparte.) ¿Pero me dejará marchar de veras? (Alto.) Adiós... (Va hacia la puerta.)

FEDERIC. Augusta.

AUGUST. (Retrocediendo vivamente.) ¿Qué, hijo mío?... ¡Ah! se me olvidaba también el pañuelo... (Lo coge.)

FEDERIC. (Cariñoso, pero frío, sin moverse del asiento.) No te vayas enojada conmigo... no creas...

AUGUST. ¿Enojada...? no. (Aparte.) Me retiene, quiere retenerme... Pues ahora, golpe maestro... Me marchó resueltamente.

FEDERIC. (Aparte.) No quiere irse. (Alto.) Ven acá. (Dando un paso hacia ella.)

AUGUST. (Aparte.) Aquí es la mía. (Alto.) Déjame. Adiós... (Sale resueltamente.)

FEDERIC. No se va... volverá desde la puerta... (Diríjese al fondo, y escucha.) Pues sí... se va... baja la escalera... La conozco. Volverá mañana.

FIN DEL ACTO SEGUNDO